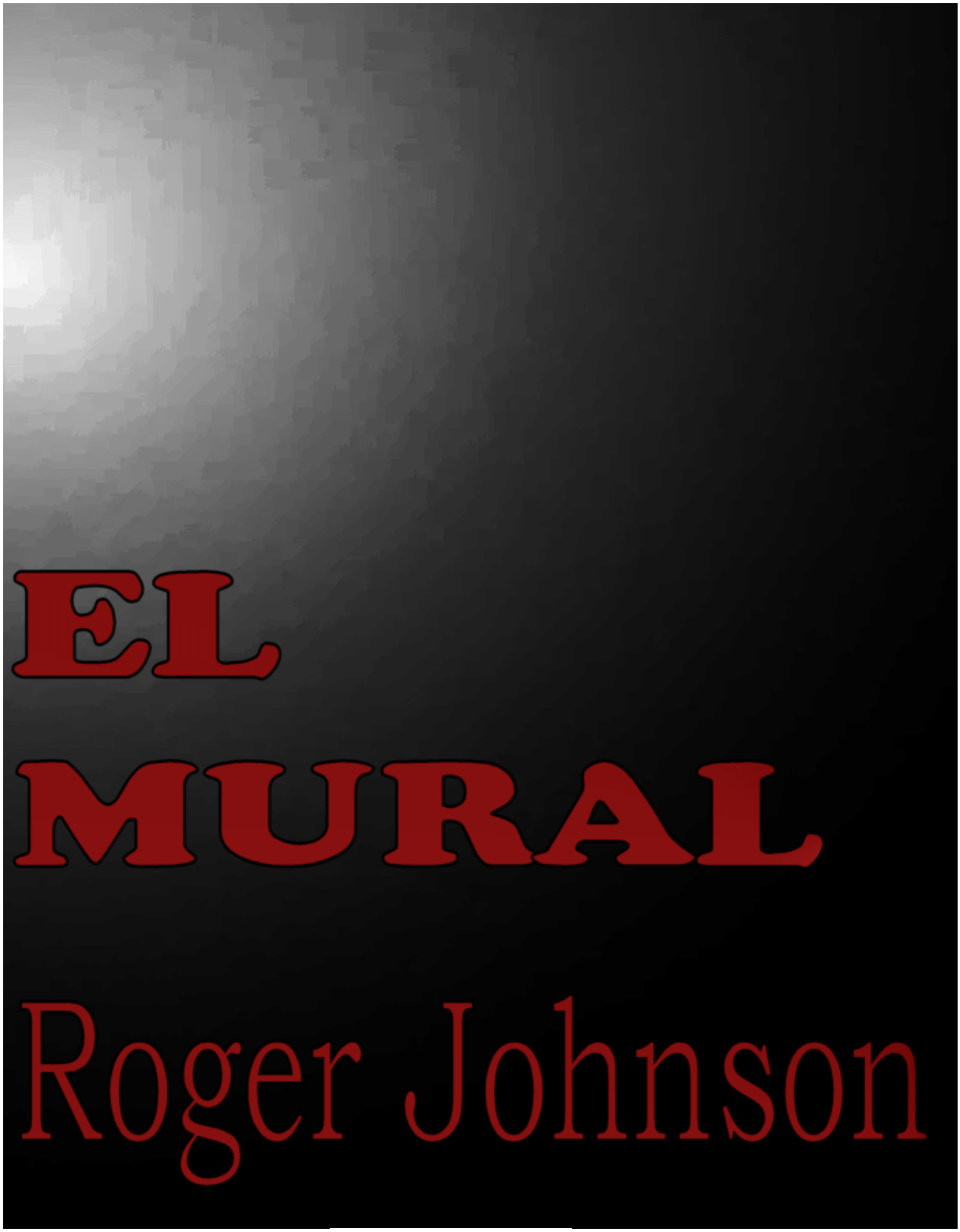
EL MURAL

Roger Jhonson



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-Deben entender que ésta no es mi propia historia -dijo Harry Foster, mirándonos un tanto preocupado-. Quiero decir que espero que no piensen que estoy aquí con falsas pretensiones...

Era un hombre corpulento, de rostro colorado, y todo él daba la impresión de ser un zorro grande y amistoso. Me había sorprendido enormemente el saber que era -y de hecho sigue siéndolo- un librero especializado en libros antiguos, con locales en el West End y una casa en Upper Norwood.

-De acuerdo -dijo George Cobett-. Es la historia en sí misma lo que nos interesa.

Y empezó a llenar su pipa a la espera de que nuestro visitante justificase su viaje a Essex.

-Bien, bien. Llegó a mis manos al realizar el inventario de una casona. Como ya sabrán, estoy especializado en libros deportivos; no obstante, guardo en las estanterías una amplia variedad de materias, que normalmente llegan a mis manos con ocasión de subastas o embargos. Este libro en particular llegó junto con un lote que perteneció al propietario de una casa en Surrey. El dueño había muerto, y sus herederos -parientes lejanos todos- vendieron la casa con todas sus pertenencias. Les fue imposible añadir dato alguno sobre el libro, y no logré averiguar cómo llegó a manos del anciano. Quizá nunca lo sepamos. Sea como fuere, aquí está.

Depositó sobre la mesa un libro grande y con aspecto de ser un diario o un libro de notas. Su estado de conservación era bastante lamentable, y sus cubiertas azules se habían tomado grisáceas. Era posible que hubiese pasado por las manos de un librero de viejo setenta u ochenta años atrás.

-El nombre que hay en el interior de la cubierta es el del reverendo Stephen Gifford, vicario de Welford Saint Paúl, en Essex -dijo Harry-. El lugar me es muy conocido, ya que un amigo mío posee una casita de campo cerca de allí, y por esa razón sentí curiosidad de leerlo. Es algo, digamos, inusitado.

Se ajustó unas gafas con montura de concha y empezó a leer con voz ligeramente ronca, pero rica.

La parroquia de Welford Saint Paúl es grande en extensión y pequeña en parroquianos. A menudo, los visitantes se sorprenden de que la iglesia esté dedicada a san Lorenzo, y me siento en la obligación de contarles que el pueblo, al igual que muchos otros en Essex. obtuvo su nombre de los señores de Manor -en este caso, del deán y capítulo de la catedral de Saint Paúl-, quienes poseían, y siguen poseyendo, un buen trozo de tierra en este condado. De hecho, muy bien pudiera ser la familia de terratenientes más antigua de Inglaterra.

La iglesia es muy vieja. La mayoría de los edificios son normandos, pero las paredes de la capilla y la pared norte del santuario fueron, evidentemente, obra de los anglosajones, y como mínimo deben de tener unos mil años de antigüedad. Lo cual es una edad muy respetable, incluso en este condado tan antiguo. El edificio es pequeño y sencillo, sin ningún rasgo característico, y está compuesto de capilla, nave y santuario, junto con

una torre diminuta en su lado oeste. No tiene naves laterales y, carente de toda pretenciosidad, el porche de la cara sur fue construido por uno de mis predecesores, a principios del siglo pasado. En el interior, las paredes están encaladas, y su blancura da al edificio un aspecto sorprendentemente luminoso y espacioso.

En una de mis primeras inspecciones, no obstante, me di cuenta de que se habían formado algunas grietas en las blancas paredes, y dado que mis anteriores experiencias me sugerían que llamase a un técnico, así lo hice. Como resultado de su visita, me comunicó lo que ya me temía: las dos paredes norte, la de la nave y la de la capilla, estaban en muy mal estado. Con la consiguiente llegada de los restauradores, empezó un período de actividad y escándalo como esta pequeña iglesia no había conocido desde hacía siglos.

Al atardecer del cuarto día de obras, el cauto y paciente trabajo de los restauradores descubrió, bajo la capa de cal que cubría toda esa pared del ala norte del santuario, un pedazo de pared sobre el que se podía ver una capa de brillante colorido. Me tomé la responsabilidad de cubrir esa pared y de llamar a un especialista. Afortunadamente, conocía al hombre. Su nombre era Howard Faragher, y había coincidido con él pocos meses atrás en la biblioteca de Londres, cuando me hallaba allí visitando a mi amigo el auxiliar de bibliotecario. No tenía su dirección, pero mi amigo nos podía poner en contacto. Llegó a Welford Saint Paúl dos días más tarde. Era un hombre alto y correcto, mediados los treinta, con el cabello totalmente desordenado y una amistosa y anhelante expresión en el rostro.

-Bueno -dijo, después de haber examinado el fragmento de pintura verde y roja-, ciertamente es una pintura medieval, y por los colores y la manera en que han sido aplicados diría que se trata de una obra muy antigua, posiblemente de finales del siglo doce.

-Pero ¡si está muy fresca! -protesté-. Yo creía que en los frescos...

Él me interrumpió.

-No todos los murales son frescos, como usted sabe, aunque todos los frescos son murales. Esa técnica sólo es realmente posible en países con un clima cálido y seco, lo que no es nuestro caso. No, esto es lo que llamamos *secco*. Las pinturas solían estar compuestas de óxidos, y eran fijadas con caseína, simple leche desnatada, a las paredes previamente encaladas. De ese modo los colores se conservaban muy brillantes. Pero ahora, Gifford, voy a necesitar varios días para descubrir el resto de esta pintura, que sin duda fue cubierta durante la Reforma, y no pienso de ninguna manera esforzarme en averiguar de qué se trata con exactitud hasta que haya finalizado, así que, por favor, deje todas sus preguntas para entonces.

Estuvo trabajando durante una semana con cuidadosa meticulosidad, conteniendo con suavidad y paciencia mi inquietud y curiosidad. Cada tarde cubría la pintura con un trozo de tela y regresaba conmigo a la vicaría. Mis impaciencias tropezaban siempre con una reserva gentil pero firme, y nuestras conversaciones durante la cena solían versar sobre historia o música.

Sin embargo, al quinto día, después de cenar, retiró la servilleta de su cuello y dijo abruptamente:

-He terminado. No, no vaya corriendo a verlo ahora. Es mejor que espere a mañana y lo contemple a la luz del día; por otro lado, desearía tener un cambio de impresiones con usted antes de que lo vea. Sugiero que nos acerquemos al Axe and Compasses y charlemos con una jarra de cerveza en la mano. Me parece que me merezco una cerveza.

No añadió palabra hasta que nos hallamos confortablemente sentados en nuestra posada local. Entonces, después de un buen trago de cerveza, me miró con expresión burlona y dijo:

-Creo que hemos encontrado a san Tosti.

Francamente, al principio no sabía de qué me estaba hablando. El nombre me era absolutamente desconocido.

-¿Tosti? -dije-. ¿Un italiano?

-Está pensando en el compositor -dijo, acompañando sus palabras con una risita-. No, no, el santo era inglés como usted y como yo, supongo. Al menos seguro que era anglosajón; sin sangre normanda en sus venas. Creo que nunca fue muy conocido, pero destacó en las primeras décadas del siglo once.

Empezaba a entender.

-Entonces vivió en una época demasiado tardía como para ser mencionado en la *Historia* de Beda el Venerable...

-Exacto. Y demasiado pronto para haber conocido a los invasores normandos. Pero es usted quien debería explicarme algo de él -dijo, otra vez con su sonrisa irónica.

-¿Yo? Pero...

Me había quedado sin habla.

-No tiene ni idea, ¿no es así? Bien, el hecho es que su iglesia estuvo una vez dedicada a san Tosti. No hay ninguna duda al respecto. De hecho, cuando nos conocimos en la biblioteca de Londres me hallaba investigando la historia eclesiástica de Tendring Hundred para un cliente, y ése fue precisamente uno de los detalles que me llamó la atención. No obstante, la información relativa a Tosti es escasa; algunos fragmentos en la biblioteca, un poco más en los Archivos Diocesanos de Londres... y eso es todo. El nombre es ciertamente anglosajón. Quizá recuerde que el rey Harold Godwinson tuvo un hermano llamado Tosti o Tostig, que lo traicionó aliándose con Harold Hardrada.

-¡Pero es extraordinario! -exclamé-. No hay ninguna mención de ello en el registro parroquial. Yo suponía que el tal Tosti era lo que podíamos llamar un santo local, que no era reconocido por el Vaticano.

También era cierto que hasta el siglo trece el pontífice no se reservó el derecho de canonizar. Antes de esa época hubo algunas irregularidades, que fueron velozmente extirpadas con el nuevo decreto. El culto a san Tosti, al igual que muchos otros, debió de ser visto desde un principio como superfluo y poco ortodoxo dentro del cuerpo de la Iglesia.

-Esto explicaría por qué nunca había oído hablar de él. Además, muchos de estos santos locales fueron posteriormente aceptados y gradualmente canonizados. ¿Qué sucedió con este hombre?

-No lo sé realmente -dijo Faragher, encogiéndose de hombros-. Parece que todo fue algo, digamos, dudoso. Las citas son escasas, como ya le he dicho, y no tomé ningún apunte de ellas en particular, pero sí recuerdo que no pude encontrar nada en la vida de ese hombre que me sugiriese santidad. Un comentario escrito a finales del siglo doce, creo, ponía mucho énfasis sobre el supuesto celibato que mantuvo a lo largo de su vida, pero allí donde uno espera encontrar detalles confirmando el hecho de que el santo estaba siguiendo el camino de Nuestro Señor, o de que se hallaba dentro del cuerpo de la Iglesia, nada de nada. En realidad, más bien me dio la impresión de que no tuvo mucho que ver con ella.

-Muy interesante en verdad. Pero entonces, ¿cuáles son las causas que hicieron a la gente considerarlo como un santo?

-Hay algunas vagas referencias a ciertos milagros. Pero por ahora, Gifford, tendrá que contentarse con eso. Ya sabe, la mayoría de las citas que he encontrado hasta ahora son muy posteriores a la supuesta muerte de Tosti.

El alargado rostro de Faragher se iluminó de repente.

-Ah, sí -añadió-. Hay un detalle muy importante. Un cronista que escribió alrededor del año mil ciento veinte dice que Tosti estaba dando directrices a sus hermanos, ésa es la palabra que usa, cuando en medio del sermón, simplemente, desapareció. La frase es inequívoca: no murió, sino que desapareció. Ése es el único dato de que se dispone acerca del final de san Tosti, y el cronista dice que lo obtuvo de un testigo presencial. Curioso, ¿eh?

-Mucho. ¿Y qué le hace pensar que el mural representa a este, más bien dudoso, santo?

Mi compañero amagó un bostezo, y de repente me di cuenta de cuan cansado se le veía.

-Prefiero responderle a esa pregunta mañana, cuando vea el mural. Luego, quizá podríamos ir los dos a investigar más detalles en los Archivos de la Archidiócesis. Pero ahora, si no le importa, cambiemos de tema. Me tomaría gustoso otra cerveza, y entonces sí que estaré dispuesto para echar un buen sueño nocturno.

Al día siguiente mi primera obligación era la de dirigir una breve eucaristía. El servicio, en aquel día de la semana, era habitualmente muy poco concurrido. Y me sentí muy gratificado por el hecho de ver a Faragher entre los asistentes. En efecto, su presencia había incrementado el número de los congregados en un cincuenta por ciento. Las sencillas y variadas frases del ritual, concebidas por el espíritu de Dios y el espíritu de nuestros padres, absorbieron por completo mi atención, y no fue hasta el final, tras pronunciar la bendición, cuando mi curiosidad sobre aquel retrato volvió a despertarse. Howard Faragher me estaba aguardando a la salida de la sacristía. Su inquietud por mostrarme la pintura era tan grande como la mía por verla. Cruzamos el santuario hasta donde se hallaba el trozo de tela colgada que tapaba el mural, y cuyas dimensiones eran aproximadamente

dos metros por uno veinte. Faragher alzó la mano y, con gesto teatral, arrancó la tela de la pared.

Estoy seguro de que di un respingo. Me quedé atónito, en un principio ante la pura belleza de aquella ignorada joya de la iglesia, pero acto seguido me dominó otro sentimiento, de intranquilidad, engendrado por algo demasiado sutil como para ser definido. ¿Era la impresión de orgullo que proporcionaba la ascética expresión del hombre que teníamos, de tamaño natural, ante nosotros? ¿Era el brillo extraordinario de aquellos ojos que nos contemplaban? ¿O más bien la extraña e incierta figura, como si fuese la sombra de un perro o de un lobo, postrada a sus pies y medio camuflada entre sus ropas?

Todo el dibujo hacía unos noventa centímetros de ancho por casi dos metros de alto. Los extremos estaban pintados con una imitación muy exacta y detallista de los arcos románicos; las columnas no tenían más que unos cinco centímetros. Entre ellas, sobre un fondo gris y por encima de un suelo verdoso, estaba el santo. No cabía duda de que era considerado un santo; ¿qué otra razón podía haber para que su imagen fuese guardada como un tesoro en una iglesia cristiana? Sin embargo, había algo en su plácida y arrogante expresión que sugería otra cosa. La figura era alta y delgada, desprovista de cabello y con unas mandíbulas como de cascanueces; y sobre todo, tenía unos ojos absolutamente llamativos. Al principio creí que los penetrantes iris eran de color azul, pero una contemplación más detallada me hizo ver que eran más bien de un gris indeterminado. Me hallaba divagando sobre ese detalle cuando Faragher dijo:

-¿Se ha fijado en sus ojos? No hay ninguna duda de que eran azules, cosa común entre los anglosajones... -Se tomó un respiro y resumió-: En los tiempos de Tosti las diversas razas de los invasores, incluyendo a los escandinavos, se mezclaron con los auténticos ingleses, por cuyas venas también corría mucha sangre celta. Además, esta parte al noreste de Essex fue siempre reclamada por los anglos y por los sajones asentados al este del país, y no se puede decir con seguridad a cuál de ellos pertenecía el santo.

Hubo una larga pausa, en la que pareció que ponía en orden sus ideas.

-¡Ah! Sí, ojos azules -añadió-. Bien, azules del todo resulta difícil encontrarlos en las pinturas medievales. Normalmente lo conseguían usando azulita, cosa nada fácil. Por lo general, los artistas usaban, como en este caso, una compleja mezcla de negro y cal, con un toque de rojo ocre. Cabe suponer que el resultado sería una especie de marrón parduzco, pero no hay duda de que lo que estamos observando intenta ser un azul. No hay ninguna duda.

Su voz perdió intensidad, y yo aparté con renuencia la vista de la figura dibujada sobre la pared.

Su mano izquierda estaba alzada, como si estuviese bendiciendo, pero en lugar de tener los dos dedos, el índice y el medio, elevados, como siempre había visto hasta entonces, sólo tenía levantado el dedo índice, que señalaba directamente a las alturas. Le comenté este detalle a mi compañero y éste, retornando de sus propias ensoñaciones, replicó:

-Sí, muy interesante, en efecto. Y da credibilidad a la idea de que había algo no del todo claro en la pretendida santidad de este hombre. Normalmente el dedo índice extendido suele ser en este tipo de murales signo de condenación... Y por otro lado, me llama igualmente la atención el hecho de que sea la mano izquierda y no la derecha. Por cierto, ¿se ha fijado en lo que sostiene con su mano derecha? Algo poco común, una especie de látigo de nueve colas, ¿no es así? Este detalle en particular es el que me ha confirmado que nuestro personaje debe de ser san Tosti. Pues en la mayoría de los registros se menciona que llevó a sus enemigos ante sí con la ayuda de un látigo. «Sus» enemigos, ¿Se da cuenta?, no los enemigos de Cristo.

-Entonces, ¿no es un símbolo de martirio?

-Ah, eso sólo se le podía ocurrir a usted. Está pensando en la parrilla asociada a san Lorenzo. No, parece que no hay ninguna duda de que era Tosti quien manejaba el látigo. Además, incluso Nuestro Señor expulsó a los prestamistas del templo con la ayuda de un látigo, así que no deberíamos pararnos en ese detalle mucho tiempo. Pero ahora dígame, ¿qué opina de esto?

Y señaló a la curiosa figura semidifuminada a que me he referido anteriormente. Se hallaba justo al lado del pie izquierdo del santo, y parcialmente cubierta por el vuelo de su manto rojizo. Podía estar tendida en cuclillas y alcanzaba más o menos la mitad de la altura del hombre. No se podían distinguir sus rasgos y en realidad, cuando más la miraba, menos seguro estaba de que la figura estuviese allí. Podía haber sido, meramente, una mancha oscura sobre el fondo gris de la pintura. Sin embargo, era tal la meticulosidad con que había sido representado el santo que me inclinaba a pensar que no se trataba de una mancha.

-¿Puede ser un animal..., un perro o un lobo, quizás asociado a la leyenda de san Tosti? -le pregunté a Faragher.

Su respuesta fue negativa.

-Y es más -añadió, tras pensarlo durante unos instantes-, un hecho, una sugerencia me baila por la cabeza. -Hizo una áspera mueca-. Quizá lo averigüemos al visitar los Archivos de la Archidiócesis. Y eso me recuerda que el tiempo pasa. Si queremos hacer un buen trabajo en Colchester deberíamos partir de inmediato.

Abandoné con renuencia la presencia del dubitativo y enigmático santo y me escurrí hasta la sacristía para recoger mi abrigo y mi sombrero. Mientras me alejaba, pude ver a Faragher observando intensamente una porción del retrato y murmurando, casi para sus adentros: «¿Qué eres en realidad?; desearía que te mostrases para saberlo con certeza».

El viaje hasta Colchester no es muy largo, y, normalmente, hecho por la mañana a principios de la primavera, resulta particularmente agradable. No obstante, mi impaciencia hizo que me pareciese bastante largo y tedioso. Por fin, llegamos a la ciudad y nos dirigimos a los Archivos de la Archidiócesis. Nuestra inquietud no fue cumplidamente satisfecha, pues la información sobre san Tosti y los orígenes de Welford Saint Paúl era más bien escasa, tal como suponía Faragher. Después de cerca de tres horas, sólo habíamos encontrado unas pocas e inciertas referencias de acontecimientos

milagrosos, y una versión tardía -datada a mediados del siglo XIII-, comentando que san Tosti había llevado ante sí a sus enemigos con la ayuda de un látigo. Aunque también allí se podía leer la frase: «Los Hermanos de Tosti habían proclamado en voz alta la magnificencia de Cristo», si bien probablemente se trataba de una interpolación piadosa.

A las dos en punto el encargado de la Archidiócesis declaró con exacerbante puntualidad que los Archivos estaban a nuestra entera disposición cualquier otro día, por supuesto, pero que ahora tenía que cerrar. Y, la verdad, yo ya empezaba a descartar la posibilidad de hallar alguna información válida, cuando Howard Faragher lanzó un grito de alegría.

-¡Gifford!, escuche esto. Forma parte de un panfleto editado el año mil seiscientos doce por el puritano Richard Fine. Se titula *England, Rome and Babylon*, y me consta que Richard Fine fue un elemento importante en aquellos tiempos tan intolerantes. Todas las copias fueron destruidas, exceptuando esta página, que no obstante, tiene los bordes requemados...

-Pero ¿qué dice? -le apremié.

-Empieza en mitad de una frase: «... a su Señor mientras en Conversación con sus Hermanos»; una referencia a la desaparición, creo. Y continúa: «Dicho Tosti era conocido como asociado con un Ángel, como algunos dicen, u otros que lo llaman un Espíritu y otras diferentes concepciones, no siendo una Criatura Divina sino Diabólica». Y luego hay otro apartado, despotricando en términos generales de la superstición papal.

El empleado, nada comprensivo, nos interrumpió con una discreta tos, y Faragher se apresuró a devolver el viejo papel a su lugar.

-Le ruego nos disculpe -dijo-. No pretendíamos retrasarle. -Y mirando su reloj añadió-: De todos modos, tenemos que partir ahora, si queremos encontrar algún sitio donde almorzar.

Educada pero triunfalmente, me acompañó hasta la salida. Permaneció callado durante unos instantes, pero en cuanto estuvimos alejados del acoso del funcionario dijo con claridad:

-¿Qué piensa de todo esto, querido amigo?

Sólo tenía un pensamiento en la mente: la mortecina sombra que acompañaba a la figura pintada del santo, tenía muy poco de angélica.

-Si no le importa -dijo Faragher, así que llegamos a Welford Saint Paúl-, desearía permanecer aquí uno o dos días más. Este asunto se está volviendo cada vez más interesante, y preferiría volver a tapar el mural, hasta que estemos completamente seguros de qué se trata. Supongo que los restauradores...

-No tiene de qué preocuparse -contesté-. Los restauradores sólo saben que se ha descubierto una pintura y que está siendo examinada por un experto.

-¡Espléndido! Bien, ¿vamos a echarle otra ojeada, mientras queda algo de luz?

La sombra que yacía a los pies de san Tosti seguía siendo tan enigmática e indefinible como siempre. Tras contemplarla con detenimiento, Faragher dijo:

-Por favor, puede retirarse si así lo desea, Gifford. Voy a quedarme a ver si puedo calcular con exactitud la antigüedad de esto. ¿Quién sabe? Quizá pueda decirle incluso el nombre del artista que lo pintó -concluyó, mirándome con una sonrisa.

Lo dejé solo, aunque dominado por unas sospechas imprecisas; fuera cual fuese la verdad acerca de san Tosti, estaba seguro de que la pintura en sí misma era impura. El orgullo en la cara del asceta, el perezoso y arrogante gesto con que sostenía el látigo de maligna apariencia, la siniestra, casi difuminada figura de su ignoto acompañante... ¡El acompañante! No hubiera podido confirmarlo, pero estaba seguro de que la sombra se había desplazado desde la última vez que la viéramos.

La luz casi se había ido ya cuando Faragher volvió a la vicaría. Parecía preocupado. Dándose golpecitos en los labios con su largo índice en respuesta a mi pregunta dijo:

-Pues no he avanzado mucho, me temo Mi apreciación original acerca de la antigüedad del dibujo puede estar equivocada, ser demasiado tardía; puede que corresponda a finales del siglo once. ¿Se ha fijado en los vuelos de las vestiduras del santo? La meticulosidad con que están moldeados es un signo inequívoco de antigüedad en este país. En efecto, los artistas posteriores abandonaron las influencias que llegaban del continente y se concentraron mucho más en la pureza esencial de sus obras. Incluso dudo que podamos nunca llegar a averiguar quien pintó a Tosti para nosotros; simplemente, es demasiado antiguo.

-Mañana -dijo más tarde, tras haber permanecido callado durante toda la cena- creo que me acercaré a las Oficinas Diocesanas en Londres. No vale la pena ir a Rochester o a St. Albans para consultar sus archivos y tratar de encontrar más información; poca cosa más podrían aportarnos. Traeré mi cámara a la vuelta y una bengala de magnesio. Trataré de tomarle algunas fotografías decentes a nuestro misterioso santo.

Aquella noche me retiré pronto, dejando a Faragher con sus meditaciones. Estaba muy cansado, pero no logré dormir nada bien; tuve unos sueños muy inquietos. No fueron pesadillas, en el sentido de que no me produjeron terror, aunque instintivamente sentí aislamiento y amenaza. Me hallaba en el patio de la iglesia de Welford Saint Paúl, y a mi alrededor sólo se extendía una vaga oscuridad grisácea. Ante mí estaba la iglesia; sus ventanales eran iluminados a intervalos por las débiles llamas de las velas. Desde el edificio me llegaban los sonidos de unos cánticos, aunque me era imposible, dada su suavidad -casi etérea-, identificarlos e intentar recordar si la letra o la música me eran conocidas. Caminé con desasosiego hasta el pórtico. Abrí las puertas y al entrar en el edificio éste se oscureció repentinamente, aunque los cánticos continuaron, tan débiles y atenuados como me sonasen con anterioridad. No fui consciente de ello hasta que recordé el sueño por la mañana, pero el interior de aquel edificio no tenía nada que ver con el de la iglesia de Welford. Tuve la impresión de un vasto y casi infinito espacio; inmenso, oscuro y frío, sensación que se veía reforzada, quizá, por la singular y distante cualidad de los cánticos incorpóreos. Y según avanzaba, fui dominado por la sensación de que no era bien recibido allí, ni nunca lo sería, aunque no podía decir el motivo. Algo gigantesco, quizá el propio

edificio, me era hostil, intranquilizadora y sutilmente hostil. Es todo lo que recuerdo, pero es suficiente.

En el desayuno, Faragher, aunque continuaba abstraído, estuvo más extravertido, y me saludó con una pregunta:

-¿Ha dormido bien? -Y sin esperar respuesta, continuó-: Yo no; he tenido un sueño muy intranquilo.

Dejando a un lado mis propios recuerdos le dije:

-¡Cuéntemelo!

-Me hallaba caminando solo -dijo-, por un bosque o algo parecido. El cielo estaba oscureciendo y sabía que debía alcanzar mi destino antes de que anocheciera... No, no tengo idea de cuál era ese destino, ni siquiera el porqué de tanta premura. Caminaba muy de prisa, y al hacerlo, me apercibí de que algo me estaba acechando. No podía verlo, ni saber exactamente dónde se hallaba, pero podía oír cómo se desplazaba, con espeluznante tranquilidad, muy cerca de mí.

-Entonces, ¿era algo, y no alguien?

-No puedo estar seguro. ¡Ahí está el detalle malévolo! Yo sólo podía notar el susurro de sus pasos al desplazarse casi a mi lado; oía las pisadas de sus patas, muy largas. Creo que estuvo jugando conmigo, como el gato con el ratón. Sí, tenía unas patas muy largas pero... me es imposible decirle cuántas...

Antes de que Faragher saliese hacia Colchester para coger el tren de Londres, fuimos a mirar, una vez más, el dibujo del mural. Mi amigo permaneció callado, aunque me observaba con inquietud, y de nuevo me dio la impresión de que la difuminada figura que acompañaba a Tosti se había desplazado.

Estaba cruzando el patio de la iglesia después de los cantos de la tarde cuando Faragher regresó de Londres. Sonriendo con tristeza me saludó con la mano y luego empezó a descargar dos voluminosos paquetes del portaequipajes: uno cuadrado y muy grande, que contenía su cámara y las placas; y una bolsa alargada, como la de los jugadores de golf. Esta última contenía el trípode. Me acerqué para ayudarle a transportarlo todo hasta la vicaría.

-Ante todo, vamos a cenar -dije-, luego me podrá contar todo lo que sepa.

-Hay poco que contar -contestó-. Un documento del siglo trece, escrito por un clérigo de Saint Paúl, que se refiere crípticamente a *reliqua Sancti Tostigii*, y un mandato episcopal del rey Eduardo VI dictaminando que un relicario fuese destruido en la iglesia de Welford. Eso es todo. Nada que identificase a la reliquia, y sólo la ausencia de otras pruebas me hace pensar que el relicario estaba en relación con nuestro santo. Debió de haber contenido algún tipo de reliquia, y muy bien pudo haber sido de Tosti.

Después de la cena llevamos el equipo fotográfico hasta el interior de la oscura iglesia. Con la bengala de magnesio no era necesaria ninguna otra iluminación, y media docena de velas fueron suficientes para alumbramos mientras colocábamos el trípode y asegurábamos la cámara sobre él. Sólo entonces volvimos a observar detalladamente la pintura. Al oír las siguientes palabras de Faragher me dio un vuelco el corazón.

-La primera vez que examinamos esto ¿no estaba el acompañante de Tosti parcialmente cubierto por las vestiduras de éste? -preguntó.

-En efecto -contesté vacilante-. Pero ahora hay un claro espacio entre ambos. La sombra, definitivamente, se ha desplazado hacia un extremo del mural.

El malsano pensamiento de que trataba de salirse de la pintura me sacudió. Pero este detalle absolutamente imposible no hizo más que reforzar el interés de mi amigo. Con premeditada calma, tomó tres fotografías del dibujo y luego empezó a recoger su equipo, diciendo:

-Las revelaré por la mañana, y veremos qué secretos nos revelan.

Yo cargué con el trípode y Faragher tomó la cámara y las placas. Todavía no había salido la luna, y unas gruesas nubes oscurecían el cielo. La oscuridad en el patio de la iglesia era casi sobrenatural. No se veía ninguna luz en la vicaría; el ama de llaves hacía tiempo que se había ido. Afortunadamente, el recorrido era breve y en línea recta, así que no tuvimos dificultad en alcanzar la entrada de la vicaría. Sin embargo, una vez allí, como hecho adrede, tropecé con el escalón y me caí, torciéndome seriamente el tobillo. Dejé caer el pesado fardo, pero Faragher lo recuperó ileso. Luego, cargando con los dos bultos, y ayudándome mientras yo avanzaba a saltitos, alcanzamos la puerta de entrada a la casa.

Tomé la llave y abrí la puerta, para que él pudiese entrar y encender las luces antes de socorrerme. Noté, mejor que vi, cómo entraba palpando las paredes en busca del interruptor eléctrico, que está al lado izquierdo de la puerta, apenas se entra. Se oyó un apagado «clic», pero las luces no se encendieron. Oí la voz de Faragher diciendo:

-Lo siento, pero parece que se ha fundido la bombilla. ¿Lo intento con la luz del estudio?

-De acuerdo -le contesté-, hágalo, por favor. La puerta se halla a sólo unos pocos metros más allá, en la misma dirección.

Poco después oí cómo se abría la puerta del estudio, y de nuevo sonó el amortiguado «clic» en la oscuridad.

-Esto es irritante -dijo-. Tengo la impresión de que nos las tendremos que apañar con velas por esta noche. Mañana ya intentaremos arreglar la instalación.

Suspiré, por qué negarlo, con cierto mal humor.

-Muy bien. Las velas están en la cocina, en una bandeja debajo de la alacena. La segunda puerta, seis metros a la derecha.

Oí cómo palpaba su itinerario a lo largo de la pared. El tiempo parecía estar inmovilizado y, cuando me llegó de nuevo su voz, ésta parecía extrañamente distante.

-¡Gifford! Ha dicho la segunda puerta a la derecha, ¿no? Pues ya he recorrido los seis metros y todavía no he hallado la puerta.

Algo parecido al miedo me sacudió. No hacía mucho que vivía en la vicaría, pero sí lo suficiente como para saber dónde se encontraban todas las habitaciones.

De nuevo se oyó su voz, clara pero muy débil.

-Parece que hay un recodo en el pasillo. No recordaba ese detalle.

Tampoco lo recordaba yo; sabía que el pasillo cruzaba la casa en línea recta, de un lado a otro, hasta llegar a la puerta que daba al jardín.

De repente, noté una nota histérica en la voz de Faragher cuando dijo:

-Lo intentaré por aquí; quizás encuentre la puerta por este lado.

Su débil voz me llegó de nuevo poco después.

-Aquí no hay ninguna puerta.

Hubo un silencio terriblemente largo, y cuando volví a oír la voz de mi amigo, ésta parecía venir del infinito. Sus palabras fueron sencillas y, dadas las circunstancias, terroríficas.

-¡Dios mío!

Su voz parecía percutir, como un eco, desde el vacío, como si reverberase en el abismo; la oí durante varios minutos hasta que finalmente cesó.

Desesperado, me incorporé en la entrada, olvidando el dolor de mi tobillo, y busqué a tientas el interruptor eléctrico. Lo hallé, lo accioné, y la luz brotó en la oscuridad, para revelarme el recibidor, tal como siempre había estado. Corrí de la entrada al otro extremo de la casa.

-Faragher -gritaba. Y de nuevo-: ¡Faragher!

Luego el dolor y la confusión me vencieron y caí al suelo desvanecido.

Me desperté en un alba grisácea. Me temblaba el cuerpo de frío y la cabeza parecía que iba a estallarme. Desesperado y desesperanzado, me arrastré cojeando a través de la casa, en busca de alguna señal de mi amigo. No encontré nada. La puerta trasera estaba cerrada. También lo estaban las ventanas, previsoramente, dado el relente nocturno, y aunque no podía jurar que él no hubiera vuelto del interior de la casa en la oscuridad, pasando por encima de mi cuerpo tendido en el suelo, sabía que no había sucedido así. La respuesta no se hallaba en el exterior de la casa, ni tampoco dentro de ella. Permanecí tumbado en el sofá de mi estudio por espacio de dos horas, con la cabeza y el tobillo palpitándome incontenibles, y por fin concluí, tal como había pensado desde el principio, que la respuesta se hallaba en el maldito mural, con el falso santo y su infernal acompañante. Era una respuesta, pensé, que ellos se guardarían para siempre.

En eso me equivocaba. Con la ayuda de un grueso bastón, crucé vacilando el patio y entré en la iglesia, sin saber lo que iba a encontrar, pero lleno de temor. En el santuario, el trozo de tela continuaba cubriendo la pintura, pero antes de descubrirla, me arrodillé ante el altar, orando para comprender lo que debía hacer, y pidiendo fortaleza para hacerlo. Fortalecido, pero no menos tranquilo, avancé hasta la pared norte y tiré con energía del paño. Había suficiente luz para poder ver la pintura con claridad, y cada detalle de ella se me quedó grabado en la memoria. Quedé contemplándola durante varios minutos; una sensación de malestar me fue empapando el espíritu, y entonces hice lo que tenía que hacer. Bendiciendo la precaución que había tomado, al evitar que los restauradores contemplasen la pintura, alcé el bastón y martillé con él la pared, trozo a trozo, hasta que todas las partículas de yeso saltaron al suelo. Luego pisoteé los trozos de yeso bajo mis pies; pronto sólo quedó una capa de polvo sobre

el suelo. No me iba a ser difícil idear alguna historia para satisfacer la curiosidad de los restauradores. Por fin, sofocado y sollozando, me arrodillé de nuevo ante el altar y oré por el alma de Howard Faragher.

El mural, en su último día, estaba tal como lo habíamos visto por primera vez, excepto por un detalle. La delgada figura de san Tosti seguía de pie, sujetando su látigo y apuntando con el dedo a las alturas, y la difuminada forma de su acompañante volvía a estar semioculta bajo su manto, junto al pie izquierdo. Pero ahora, los rasgos de la sombra eran distinguibles; débiles, pero muy claros. Eran los rasgos de Howard Faragher.

Harry Foster dejó a un lado el libro y se quitó las gafas.

-Sólo hay que añadir un detalle -dijo-. Gifford dice que cuando reveló las fotografías, sólo encontró la imagen de san Tosti. Ni rastro de una sombra o de algún tipo de acompañante. Quemó las copias y las redujo a polvo.

Harry nos observó uno a uno con una sonrisa irónica y dijo:

-¿Y bien? ¿Qué conclusión sacan de todo ello, amigos?

-¿Ha hecho usted alguna averiguación en los archivos parroquiales, por ejemplo? -pregunté dubitativamente-. ¿Y qué hay del tal Tosti?

Harry encendió un puro y le dio un par de chupadas antes de contestar.

-No he vuelto a ir a Welford Saint Paúl -dijo-, ni tengo intención de hacerlo. Quizá porque temo que la historia pueda ser verdadera, y quizá porque temo que no lo sea. Todo lo que puedo decirles es esto: hace un par de semanas adquirí un directorio clerical de Crockford, una copia del año mil novecientos diez, y hallé que un tal Stephen Gifford había sido el vicario de Welford Saint Paúl desde el mes de febrero del año mil novecientos siete. -Se encogió de hombros-. Dejémoslo así, ¿no les parece?

Dirigí una fugaz mirada a George Cobbett, que tenía los ojos fijos en la mesa ante sí. Tenía la mandíbula contraída y los labios apretados. Y pude ver que estaba pensando, al igual que yo: «¿Lo dejamos?».